



“La Palabra es un don”

Comentario al Mensaje del Santo Padre Francisco para la Cuaresma 2017 (III)

En la parábola del rico y el pobre Lázaro, desde la que el Papa Francisco trata de ayudarnos en este tiempo cuaresmal, vemos que su mayor parte se desarrolla en “el más allá”, ocupando un lugar destacado el diálogo del rico con Abraham, haciendo notar el Papa que hasta ese momento “no se había dicho nada en la parábola de su relación con Dios. En efecto, en su vida no había lugar para Dios, siendo él mismo su único dios”.

Así mismo, prosigue: “El rico sólo reconoce a Lázaro en medio de los tormentos de la otra vida, y quiere que sea el pobre quien le alivie su sufrimiento... Los gestos que se piden a Lázaro son semejantes a los que el rico hubiera tenido que hacer y nunca realizó”. Ante la réplica de Abraham a su petición, se hace notar por el Papa que en “el más allá se restablece una cierta equidad y los males de la vida se equilibran con los bienes”.

La parábola tiene una prolongación, que, según el Papa Francisco, “de esta manera se dirige a todos los cristianos”. En ella, ante la petición del rico de que sea enviado Lázaro a sus hermanos, Abraham responde: “‘Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen’ (v.29)”; y, frente a la objeción del rico, añade: “‘Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un muerto’ (v.31)”.

Desde ahí concluirá con claridad el Santo Padre: “De esta manera se descubre el verdadero problema del rico: la raíz de sus males está en **no prestar oído a la Palabra de Dios**, esto es lo que le llevó a no amar a Dios y por tanto a despreciar al prójimo”. Con esto, nos recuerda: “La Palabra de Dios es una fuerza viva, capaz de suscitar la conversión del corazón de los hombres y orientar nuevamente a Dios. Cerrar el corazón al don de Dios que habla tiene como efecto cerrar el corazón al don del hermano”.

Del conjunto de la parábola, y, en concreto de este diálogo del rico con Abraham, emerge también un tema fundamental: el hombre decide en el tiempo su destino eterno –vida o muerte- sin que exista otra posibilidad. Quien confía tan sólo en sí mismo y en una felicidad egoísta, como meta única de su mente y obra de sus manos, penetra en una especial soledad, en las tinieblas, corre el serio peligro de instalarse en “el pecado que nos ciega”, y que impide ver a Dios y a los hermanos, sobre todo a quienes nos necesitan, a los Lázaros que están sentados a la puerta de la propia vida. Quien confía en Dios y escucha lo que nos dice en su Palabra, reconociéndose criatura dependiente de Él, se adentra en la sabiduría y lleva en su corazón un germen de eternidad que florecerá en felicidad y paz eternas.

Para el rico la muerte es un enorme drama, que, además de arrebatarse el teatro vital en el que se ha instalado y entronizado, le sitúa ante el abismo al que se ha encaminado, día a día y gesto a gesto, y que le separa de una eternidad luminosa y viva. Este gran abismo marca la triste suerte del rico, de la que se da cuenta tarde, cuando es imposible cambiar. Para Lázaro la muerte liberadora, quizás largamente esperada, llega como amiga. Y la escena cambia. Él, el despreciado, el “no visto”, es “llevado por los ángeles al seno de Abraham”. Descartado por los hombres es amado por Dios y elegido para participar en el banquete del cielo.

Este tema fundamental, la decisión del destino eterno, aparece profundamente unido a escuchar o no escuchar la Palabra de Dios, hasta el punto de que el Papa ve en el rico, en “la raíz de sus males”, el “no prestar oído”, “cerrar el corazón al don de Dios que habla”. Y, tal como se lee en la parábola, se ve que ni siquiera un milagro como la resurrección de un muerto podría ablandar la dureza de corazón, que hace oídos sordos a lo que el Señor dice incesantemente por medio de las Escrituras (vv. 27-31). Para salir de la ceguera, para colmar en vida el abismo, basta abrir las Escrituras, escuchar y acoger la Palabra de Dios. Como dice el Papa en el mismo Mensaje: “en la base de todo esto está la Palabra de Dios”. “La Palabra de Dios nos ayuda a abrir los ojos para acoger la vida y amarla, sobre todo cuando es débil”.

De ahí que nos llame a vivir una Cuaresma como “tiempo propicio para renovarse”, para vivir un “verdadero camino de conversión”, precisamente desde el redescubrimiento del “don de la Palabra de Dios”, “en el encuentro con Cristo en su Palabra”.

En el esfuerzo de renovación pastoral de nuestra Diócesis de Orihuela-Alicante hemos puesto como primera gran referencia del mismo el **encuentro con Cristo**, situando como **mediación privilegiada la escucha orante de su Palabra**, promoviendo la “lectio divina” en nuestras Parroquias y comunidades, siendo este el gran referente del itinerario formativo que ofrecemos en el Plan Diocesano de Pastoral de estos años. A su vez, vemos en el encuentro con Él el punto de **inicio de nuestra transformación** (*Evangelii Gaudium*, 1), así como de la **conversión a la misión a la que él nos envía**.

Procuremos, especialmente en estos días cuaresmales y en la próxima Pascua, el encuentro con la Palabra, don que nos hace descubrir al Señor, su mente y su voluntad, conocer nuestras cegueras y caer en la cuenta de tantos Lázaros que llaman a nuestra puerta. Cuidemos en la **catequesis**, a sus diversos niveles, la centralidad de la Palabra. Promovamos, especialmente nosotros Sacerdotes con la **predicación** de estos días santos, la escucha de la Palabra y la conversión del corazón que ella nos trae. Procuremos ofrecer espacios y momentos en nuestros templos y comunidades, que faciliten el **silencio** ante el Señor, el recogimiento adecuado para “oír su voz”.

Así mismo el Santo Padre anima a nuestra renovación cuaresmal por el encuentro con Cristo “en los sacramentos”. De forma eminente viene a mi pensamiento la importancia de celebrar y acercarse fructuosamente a la Eucaristía, que en esta Cuaresma adquiere un especial protagonismo al coincidir el inicio de la misma con el comienzo de la utilización de la Tercera Edición del Misal Romano en lengua española, que deseamos sirva para ayudarnos a todos a pasar de los signos al misterio, para una participación más profunda en la celebración eucarística. Ayúdenos a acercarnos adecuadamente a celebrar y a recibir el don eucarístico el “ser purificados del pecado que nos ciega”, gracias al sacramento de la Penitencia. Sacramento de especial referencia en estos días cuaresmales que nos disponen a celebrar en verdad la Pascua del Señor.

Especialmente, después de acoger la Palabra, en la parábola que nos comenta Papa Francisco en su Mensaje cuaresmal, nos sentimos impulsados a vivir una Cuaresma marcada por el encuentro con Cristo “en el prójimo” y el deber de servirle “presente en los hermanos necesitados”.

Evidentemente como “campana de Cuaresma”, hemos propuesto por medios diversos en nuestra Diócesis potenciar la **limosna penitencial**, haciéndonos más sensibles a las necesidades de tantos Lázaros como tenemos entre nosotros, de modo que el **ayuno y las privaciones cuaresmales** se conviertan en ayuda, en **limosna**, canalizada, a ser posible, hacia destinos concretados comunitariamente, y desde una praxis con corazón, afectada por el deseo de conversión y voluntad penitencial.

Hay sin duda, además, necesidades no estrictamente materiales que servir y atender en “hermanos necesitados”. La Palabra del Señor que ilumina nuestro Plan Diocesano para

el presente curso es la que nos ofrece S. Lucas en el relato de los discípulos de Emaús. En ella estamos contemplando al Señor Resucitado acompañando a sus discípulos en el camino de Jerusalén hacia su aldea; de ahí, que “el acompañamiento” sea el acento destacado para el presente curso pastoral. **Acompañamiento** en la tarea y servicio de los padres, de los sacerdotes, de los catequistas, de los maestros, de los visitantes de presos y enfermos, de los voluntarios de migraciones y de Cáritas.

Sea tiempo oportuno esta Cuaresma y próxima Pascua, para evaluar cómo acompañamos –ante el modelo de Jesús en este pasaje de S. Lucas-; cómo nos acercamos, escuchamos, ayudamos a los hermanos que sufren en su espíritu, en diversas situaciones de oscuridad, desorientación, soledad, desesperanza. Tiempo oportuno para “ver” qué no estamos haciendo, qué debemos hacer ante Lázarus cuyas llagas están en su espíritu.

En fin, reiterando mi deseo de una santa Cuaresma para una feliz Pascua, concluyo estos comentarios con las palabras del Papa en su Mensaje: “Oremos unos por otros para que, **participando de la victoria de Cristo**, sepamos abrir nuestras puertas a los débiles y a los pobres. Entonces viviremos y daremos testimonio pleno de la alegría de la Pascua”. Que así sea.

✠ **Jesús Murgui Soriano.**
Obispo de Orihuela-Alicante.